

## **Come y bebe con pecadores**

Aunque muchos títulos y descripciones de Jesús son ricos, verdaderos, y se prestan a innumerables significados, ninguno inaugura más claramente una nueva alianza como el título cristológico de "blasfemo". La blasfemia se hace evidente e inevitable cuando en la copa que se ofrece se mezclan nuestro cuerpo y nuestra sangre con el cuerpo y la sangre de Dios hasta el punto confundirse totalmente. Ningún otro título sacude, sorprende, ofende y nos despierta más que el de blasfemo. Ninguno otro título podía destacar y aclarar la misión de este hombre. Ningún otro título indica mejor la idea que Jesús tiene de nosotros como un pueblo que alza la copa, bebe de la copa y la va pasando de uno a otro. Nos permite empezar a entender por qué esta alianza es especialmente nueva.

Jesús cargó con esta etiqueta desde el principio. Alzar la copa y beber de ella no es más que la culminación, la consumación de su chocante y perturbadora unión de lo sagrado y lo profano que caracterizó toda su vida y sus actitudes en muchas mesas que precedieron a la última. Se lo considera amigo de los sacrílegos e impotentes. Está y anda entre aquéllos para quienes existen la separación y los muros, las barreras, la distancia y los basurales.

Allí, en vez de adoptar una actitud de rescate, se reclina, bebe, come y alza una blasfema copa de bendición. En esos lugares y con esas personas separadas por barreras y límites precisos que se consideraban legales, justificados, y sacrosantos.

En esas mesas se comporta claramente como un blasfemo al invitar a la amistad y a la intimidad con los impuros. Su blasfemia no consiste sólo en la percepción exagerada, excesiva y extremada de su propia bondad y divinidad sino también en su alarmante y peligrosa convicción de que los otros eran formados y creados a su imagen y semejanza. Los defensores de la ley pensaban que Jesús estaba confundiendo las aguas de lo sagrado y de lo humano. Dado que era una blasfemia unir lo sagrado con lo humano, sus contemporáneos empezaron a sacar la conclusión de que Jesús tenía una visión distorsionada, que lo llevaba a ver lo divino allí donde se considera que lo divino está totalmente ausente. ¿No era acaso la confusión entre lo sagrado y lo humano lo que las antiguas alianzas habían visto, por el contrario, como división, enemistad, oposición, guerra de contrarios? ¿Jesús se proponía superar ese camino tradicional? En la vida de Jesús la blasfemia consistió en tender puentes entre lo puro y lo impuro, entre los primeros y los últimos, entre los pequeños u los grandes.

El cargo, pues, que le imputan en el proceso no llama la atención sino que es más bien la consecuencia de una vida caracterizada por una visión defectuosa, contaminada: una vida en la que veía a Dios en todas las cosas y, sobre todo, en lugares donde Dios no podía estar. La sentencia y el lugar de la ejecución corresponden al crimen: la sangre, la vida, de un blasfemo no podía ser vertida a la vista de personas honradas y en las calles sagradas de la "ciudad santa". Había que mofarse de él y ejecutarlo rodeado de aquéllos a los que había proclamado tan santos, tan divinos; de aquéllos que estaban rodeados de basura y separados por la puerta y el muro.

Con todo, sus imágenes y palabras blasfemas se han grabado al agua fuerte en nuestra memoria. La sangre derramada ignominiosamente rasga el velo de separación del templo y clama por la inverosímil inclusión de los excluidos. La sangre de Jesús es realmente blasfemia. Su última blasfemia la profiere al describir un cuadro paradisíaco y de íntima unión con Dios para el criminal con quien comparte la lóbrego morada de la muerte.

En la última cena Jesús estaba en comunión con la imagen divina que hay en nosotros. ¿No fue ésa su alegría en aquel momento y no estaba ya en comunión con nosotros despertándonos a la

conciencia de esa realidad de nuestro ser? Cuando nos acercamos a comulgar, con el "Amén" expresamos nuestra fe firme e inquebrantable en la condición de imagen de Dios que define radicalmente toda existencia humana.

No nos acercamos con las manos vacías. Cargamos una vida intensa marcada por contradicciones y cambios. Pero así y todo seguimos siendo la imagen misma de Aquél que sopló sobre ese cuerpo nuestro que se adelanta a recibir la comunión. Nuestro "Amén" expresa un "Sí" categórico a la herencia prometida y dada a todos los que han sido liberados de la esclavitud e introducidos en una nueva relación de amistad con Dios. Al alejarnos, sabemos que se nos ha recordado una vez más quiénes somos, por blasfemo que ello pueda ser.

La comunión con el cuerpo y la sangre de Cristo nos recuerda que nuestro cuerpo y nuestra sangre ya no pueden distinguirse del cuerpo y la sangre de Dios. Un momento decisivo en esa mesa es cuando la sangre, lejos de producir esclavitud, genera una nueva alianza de amistad. Con gozo y confianza se alza y comparte la copa de bendición y se proclama la convicción de que la vida es más fuerte que la muerte, más fuerte que el odio y la violencia.

Es precisamente en la conversación franca con Aquél que blasfemó al llamarnos amigos cómo se afirma el misterio de fe, y nosotros optamos por seguir creyendo que nuestra sangre es preciosa como la sangre de todo viviente...

Las últimas palabras que escuchamos: "hagan esto en memoria de mí" nos persiguen. Somos conscientes de que esta frase ha sufrido un proceso reductivo por el que se ha limitado su significado a un mandato de consagración conferido a los futuros sacerdotes. Una ulterior reflexión amplía la visión. Todo el escenario de aquella noche tiene que reverse. A los amigos les toca "hacer" lo que Jesús hizo: la intimidad con el quebranto, la unión, el lavatorio de los pies, la fe en nuestra creación... Somos enviados y comisionados a ser un cuerpo y una sangre no menos blasfemos que los primeros que, salvando la distancia, se unieron con todo lo que, según se nos había dicho, estaba separado.

Así, pues, esta nueva familia, esta nueva alianza es nada menos que un hogar de amigos que se atreve a proferir blasfemias ante un mundo que cuestiona y a veces pone en duda cínicamente la Buena Noticia de que todo lo que una vez se consideraba lejano, distante, exterior, está ahora cerca. Al consumir la sangre de Cristo llevamos a término la unión que Dios y nosotros anhelamos.

Al alejarnos de la mesa, fortalecidos por la memoria de la sangre de Jesús, nuestro cuerpo y nuestra sangre experimentarán una atracción irresistible a ser blasfemos. Nos descubriremos buscando a los lejanos y desfavorecidos de nuestros días, y en nuestra mesa habrá más puestos disponibles.

Descubriremos en nosotros una tendencia cada vez mayor a ser espontáneos, y nos sentiremos a menudo ofendidos por la exclusión, la jerarquización, el dualismo y la separación de lo humano y lo divino, de su sangre y la nuestra. Descubriremos que esta forma de pensar y actuar entre nosotros, en nuestra iglesia y en el mundo nos resultará desagradable y equivocada, y a veces provocará en nosotros una reacción agresiva, que soltará nuestra lengua y dejaremos de ser mudos.

Algunos podrán considerarnos desequilibrados, laxos o relajados. Se nos podrá decir que exageramos al insistir en la bondad fundamental de TODA sangre, de TODA vida. No faltará la ridiculización y la burla por reconocer que no sabemos cómo sería la nueva familia de Dios en la que todos fueran tratados como dioses.

Sin lugar a dudas, experimentaremos también los cargos y el proceso a los que fue sometido el primer blasfemo. Podrían también sacarnos de en medio y llevarnos fuera de la puerta de la ciudad por haber llevado al pueblo por mal camino. Como recién desplazados y sintiéndonos, quizás por primera vez, como extranjeros y extraños en este nuevo lugar, podríamos quedar desconcertados al ver que los que siempre han estado ahí nos invitan a la mesa y a compartir con ellos el pan y la copa. En ese momento descubriríamos lo que significa "ir a buscarlo fuera de la puerta, soportar su humillación y compartir sus vejaciones" con una misteriosa y sorprendente paz y alegría.

(P. Greg. Comella, C.P.P.S., "Body and Blood as Blasphemy" (la blasfemia del cuerpo y de la sangre), *The New Wine Cellar*, febrero de 1995, pp. 16-23)